

Manuel López Pérez

MI PASO POR EL ESTADO DE MEXICO



Manuel López Pérez

**MI PASO
POR
EL ESTADO DE MÉXICO**

Manuel López Pérez

**MI PASO
POR
EL ESTADO DE MEXICO**



CUADERNOS DEL ESTADO DE MÉXICO

Editores:

José Yurrieta Valdés

Edmundo Calderón

José Merino Mañón

Rodolfo García Gutiérrez

Derechos reservados conforme a la ley

© Cuadernos del Estado de México

Impreso y hecho en México, 1974

Printed and Made in Mexico

Nota explicativa

Es bueno servir a la República.
Salustio

Amigos que dentro de la comunidad del espíritu son como hermanos del mío, hanme invitado a comulgar con ellos en el propósito de contribuir aportando nuestros recuerdos, a la formación de la Historia del Periodismo en el Estado de México.

Noble, fecunda y valiente me ha parecido tal determinación. Lo primero, porque toda historia es una proyección del pasado sobre el porvenir; fecunda, porque enseñar es engendrar en el espíritu; y valiente porque hacer historia contemporánea es decidirse a rendir culto a la verdad o a producir alteraciones del acontecimiento por temor a supervivientes o a los juniors agresivos y prepotentes, cuando se enfocan personalidades que fueron militantes en algún campo de pública importancia, y del cual no salieron como los plumajes de las raras aves a que cantó Díaz Mirón cuando alababa su plumaje.

Pero sólo con virtud se puede servir a la República, y, como decía Salustio, es bueno servirla. Progresión al infinito es la Historia, según Peletan, si es así, tenemos dere-

cho por el esfuerzo, por el sacrificio, por la pasión que inspira lo bueno, lo verdadero, lo bello, a situarnos entre los términos de esa progresión.

Va, pues, mi contribución, defectuosísima, porque los sucesos como que se empañan al nublarse la memoria con el transcurso de los años —entonces a hoy van 27—, pero luciendo el mismo espíritu esforzado.

Nuestras inconformidades no se debieron a persecución sino a incompatibilidad. Eso sí, al encastillarnos en la soberanía de la persona humana, renunciábamos ostentosamente a cualquier transacción, y como era natural, vino la tremenda dureza de las circunstancias. El amor de las ideas puras nos llevaba a una especie de felicidad desconocida e indeseable para muchos, y hasta incomprensible, y que el Maestro Caso hacía consistir en la capacidad de renunciar. Pero renunciar produce dolor a la persona física, y sobreponerse a ese dolor, es signo de alguna virtud. Sea esta modesta ejemplaridad la que ofrezcamos a México, al decir con Salustio que es bueno servir a la República. Quizá olvidemos algo, pero no agregamos nada, porque ya ha quedado dicho que lo escrito... escrito está.

Recibid, amigos del Estado de México —¡al que recuerdo y amo tanto!—, la teoría de mis recuerdos que envío con la unciosa cordialidad de mi cariño fraterno y de mi agradecimiento de huésped.

Manuel López Pérez

Guanajuato, septiembre de 1973.

I. “*El Demócrata*”

Una mañana del mes de abril de 1944, recibí de manos de don Rafael Carrasco Puente, Director de la Hemeroteca Nacional audazmente fundada por él y establecida en el templo ubicado en la esquina de la Calle del Carmen con la de San Ildefonso, sureste, un sobre que ostentaba la anotación de las señas que habían hecho posible a los carteros mi localización. La epístola era de Ramón Armenta Salazar, antiguo soldado a quien conocí como ayudante de mi Jefe, el señor Gral. de División, don Benigno Serrato, cuando fue Gobernador de Michoacán, y muerto en sospechoso accidente la mañana del tres de diciembre de 1934, cuando de México, a donde había concurrido con ocasión de la llegada a la Presidencia de la República del Presidente Cárdenas, había ido, atendiendo la llamada de su hermana o sobrina moribunda, a Ario de Rosales, e iniciaba el vuelo de regreso.

La carta en cuestión me informaba de que en Amecameca, donde Ramón era Secretario del Ayuntamiento, en la administración del señor Epifanio Caballar, se iba a inaugurar el edificio que el Gobernador del Estado —yo no sabía aún quién era— había mandado construir y llevaría el

nombre del Maestro Antonio Caso, su amigo desde los días de la niñez y a quien iba a ser solemnemente dedicado.

Era muy pobre la idea que yo tenía de las construcciones escolares oficiales, y me imaginé que sería alguna casa acondicionada —cosa tan común— para albergar excedentes de población escolapia. Mi amigo me ofrecía enviar un coche para que no tuviera pretexto de falta, porque tenía interés en mi asistencia. A este respecto, la vanidad me hizo pensar que se trataba de que aportara yo alguna información sobre el acervo pedagógico del Maestro Caso, y ello me agradó, porque en esos días y desde hacía años era fiel discípulo en los cursos del filósofo, aunque sin aspirar a graduación alguna. Preparé, pues, mis materiales con toda calma, —el tiempo abundaba— dado que contaba con una semana de intervalo entre la fecha del aviso y el nueve de mayo en que se efectuaría la ceremonia que, repito, imaginaba mínima, al estilo de las que había visto en los campos de la patria del Padre Morelos.

En la mañana del día nueve, ya bastante tarde, dio con mi domicilio el conductor del coche que, cumpliendo su ofrecimiento, había enviado Ramón. Mi esposa, asistente infatigable también a las exposiciones del Maestro Caso, quiso estrenar un discreto traje de dos piezas, de buen paño de color verde, con hechura que modificaba un poco los trajes estilo *sastre* que preferían algunas damas. Con retraso llegamos a Amecameca, y con los informes de las personas que fuimos encontrando, nos guiamos hacia las afueras de la población. Quedé sorprendido al ver la magnificencia del edificio buscado, y justamente, mientras lo contemplábamos desde la carretera, vimos una especie de procesión

que lo recorría por los altos pasillos y terrazas llenos de sol. Una especie de nube de pavor me envolvió y penetró hasta las más recónditas regiones de mi ser físico: el Maestro Caso iba al frente de aquella pléyade de intelectuales que lo acompañaban reconociendo el Plantel que se le había dedicado. ¡Y yo con una probable intervención tribunicia en puerta!

Mi decisión fue rápida y como ya el coche se había retirado después de conducirnos hasta el lugar de mi angustia, ágilmente di media vuelta e indicación a mi esposa para que me siguiera. El diálogo que entablamos fue tremendo, por lo comprometedor.

—¿Por qué regresamos?

Yo no contestaba, simplemente señalaba el cortejo que lentamente se desplazaba por las terrazas de la Escuela.

—¿Y qué?

—Que el Maestro Caso es el primer orador académico de habla española y yo... probablemente sea invitado a la tribuna.

—Pues vas...

—¡Qué esperanzas, no cometeré tal audacia, que sería desacato! ¿No te das cuenta de que se me invitó recordando tal vez mi campeonato de oratoria de 1929; o aunque Ramón no lo diga o no lo sepa, simplemente me oyó hablar en las jiras del General Serrato... El Maestro seguramente hablará... y expondrá su doctrina sobre educación pública... recuerda los *Discursos a la Nación Mexicana*...

—Pues si en algo estimas mi opinión y el concepto que por tu causa tengo de ti, llegaremos. De otro modo me darías la impresión de defraudar los juicios que muchos

te hemos dedicado. Ante tales palabras, hicimos acto de presencia en el teatro anexo (todas las escuelas, aun las primarias, en el Estado de México, tenían un teatro que llamaban salón de actos). En el programa, como lo había previsto, y ya bastante tarde, con relación a la hora de comer, se anunció la intervención del Maestro Caso con la que dejó exhaustas mis alforjas informativas: Educar es arte de filósofos —dijo. Habló de su generación advocándola con el epíteto de “generación del 900”; recordó el Ateneo de la juventud; clasificó las direcciones que aquellos jóvenes siguieron en la realización fecunda de sus vidas, hizo apología y exégesis de las existencias que se consagraron al servicio de México, y cuando llegó a Fabela, lo designó como al señalado por el destino para ser estadista, para ser gobernante.

Como no es mi propósito reproducir, ni me sería posible, los textos del Maestro, sólo diré que al final dijo: “sigue, señor Gobernador, siendo el político; el estadista que eres; sigue construyendo escuelas, para que educando gobiernes; por esa labor te aplaudo yo, con cariño y agradecimiento; te aplaudimos todos los que sobreviviendo a otros, hemos acudido a tu llamado, y te aplaudirán las venideras generaciones mexicanas”.

No me equivocaba. Se me invitó a pasar a la tribuna, pero yo pretexté lo avanzado de la hora y ofrecí mi intervención para la hora de la comida. Además, argüí, ustedes deben tener orador oficial y eso hace molesta otra intervención. Nada valió. Después de Manuel Sevilla Olmos, que habló utilizando un micrófono muy distante, pues el banquete fue servido en los corredores del ala frontal interna

del Palacio del Ayuntamiento, cuya longitud equivale a una cuadra, yo me empeñé en hablar desde el lugar que ocupaba, a unos ocho metros de la mesa de honor, en donde presidía el Maestro Caso con el Gobernador, acompañados de muchas personas entre las cuales recuerdo a don José Vasconcelos, a don Carlos González Peña, a don Ezequiel A. Chávez, a don Alfonso Caso, a don Francisco Orozco Muñoz, a don Alejandro Quijano. Para no seguir enumerando, se trataba del grupo como de dieciocho a veinte personas que se contaron entre la famosa generación del 900. Tocó la suerte de que un campesino se dirigiera al Gobernador en el momento en que iba yo a iniciar mi peroración. Hube de esperar. Mi esposa, situada enfrente de mí, en la elegante mesa, me miraba, y las gentes extrañas que me veían trepado en la silla y consumiendo copitas de cognac que los comprensivos me pasaban (sumé dieciocho), empezaron a inquietarse hostilmente contra mi silencio que no podían explicarse dado el nivel de sus asientos.

Por fin, el campesino dejó libre al Gobernador que me dedicó una caravana y una sonrisa, y comencé a vivir uno de los trances más amargos de mi vida. Popo e Iztaccíhuatl me ayudaron con sus cumbres nevadas a encontrar símiles para describir la cabeza del Maestro Caso —cumbre nevada— y me recordaron la leyenda de quienes ostentaron su sabiduría oriental apostando acerca de cuáles serían los privilegiados para contemplar primero las luces del sol matutino: los que en la playa, aprovechando el favor de la llanura marina, se volvieron hacia el oriente, o los que con fe en las alturas, dieron la espalda al orto y fijaron sus ojos en las montañas del occidente. Estos obtuvieron la vic-

toria ya que en los crestones serranos luce antes la gloria del sol.

Los dieciocho cognacs me dieron confianza progresiva, y a los pocos minutos (hablé durante cuarentaicinco) ya declaraba yo al Maestro Caso superior a Platón, provocando sus amabilísimas alarmas. Pero yo computé, años y siglos, cité textos, logrando ahuyentar la desconfianza en mis audacias. Encarnizadamente volteaba y revolteaba la personalidad del Maestro, mostrándolo como poeta, como historiador, como físico-matemático, como paradigma moral, como genial orador académico... Terminé y fui felicitado por el grupo de la vieja guardia novocentista. Me hizo un elogio don Alejandro Quijano y le dije que ojalá hubiera tenido el mismo juicio para mí cuando fue miembro del Jurado que en 1929, en el Teatro Variedades de Puebla, dio su voto a otro campeón.

—No sea rencoroso —me dijo sonriente— y se alejó.

Tan luego como el Maestro Caso me manifestó abrazándome que no olvidaría mis palabras en toda su vida, yo puse la mayor distancia posible de por medio, todavía prendido a las redes del pavor y del júbilo mezcladas, y haciendo cariñosos reproches a mi esposa, empezamos a pasear en el jardín.

Fue allí donde nos alcanzó un joven esbelto, blanco, sonriente, vistiendo un traje que me recordó al capitán de marina de *Molinos de Viento*, quien llamándome *paisano* (me explicó rápidamente que se llamaba Luis Santo Valladares y que era de Los Reyes, Michoacán, si mal no recuerdo), me dijo:

—Dice el señor Gobernador que le agradará mucho des-

pedirse de ustedes (en otras palabras, el diplomático que identificaría más tarde, estaba indicando que fuera a verlo).

—Vamos —le dije—, porque quiero quedar pronto libre y que no me deje el próximo transporte.

Llegamos de nuevo al Palacio Municipal. La comitiva estaba ya saliendo por el amplio zaguán de viejas hojas de madera tallada. Me presentaron.

—Mire usted, Manuel —me dijo el mandatario con una confianza que no por agradable me sorprendió menos (¡tantas hosquedades y altanerías había visto en los políticos de mi solar!)—, hoy estamos a nueve; dentro de seis días, celebraré mi onomástico en Atlacomulco, mi tierra; inauguraré la Escuela Secundaria cuyo edificio se acaba de construir; quiero que usted asista y me haga el favor de invitar al señor Rector de la Universidad, reforzando al licenciado Javier Rondero quien tiene ese encargo y el de atenderlos. Isidro Fabela se complace en insistirle en que no falte, porque lo invita con afecto, de todo corazón. (Lo de mis relaciones con el licenciado Brito Foucher, Rector de la Universidad Nacional, seguramente fueron información de Ramoncito Armenta.)

Dije a todo que sí. Y efectivamente, el día quince de mayo de 1944, estábamos a la cabecera de una mesa muy bien atendida, el Licenciado Alfonso Pedrero, Oficial Mayor de la Rectoría, y el licenciado Javier Rondero, joven e inteligentísimo colaborador del licenciado Fabela, con el que compartía las labores oficiales y las periodísticas, como miembro de la redacción, lo mismo que Eduardo Suárez Serranía, michoacano, de la Revista de Derecho Internacional denominada *Mundo Libre*.

El infatigable Armenta y el señor Samuel Suárez se nos acercaron para darme un recado del señor Gobernador: que a la hora que se me indicara, fuera a la tribuna. Además, y esto era por otro motivo, me recomendaron que mencionara al señor Del Mazo, quien sería el futuro gobernador.

Les advertí que si la mención a que se referían era al margen del conocimiento del interesado, no la haría, y me convencieron para aceptar. Sin embargo, me acerqué a don Isidro y le dije que había recibido su recado y quería confirmarlo. Haciendo una torsión hacia su derecha desde su lugar en la mesa, me dijo:

—Manuel, yo he conocido a los oradores del país y del mundo. Usted está entre los buenos y como estoy en mi pueblo, quiero que lo escuchen. . .

Y hablé haciendo víctima de mis intemperancias discursivas a don Antonio Villalobos que había sostenido para elogiar la personalidad de Fabela, una tesis positivista; cumplí, además, con el encargo de mencionar a don Alfredo del Mazo, a quien más tarde, violentando su prudencia, había de lanzar con toda valentía, a la lucha política cuando peroré en San Juan de las Huertas. Magistrados y Diputados presentes en el banquete, me apoyaron.

Al poco tiempo de haber regresado a *nuestra mesa*, oí una voz conocida, pero difícilmente identificable al momento: Obedeciendo a otro recadito del Maestro Fabela, —poco después esos avisos me habían de ser familiarísimos— un hombre de mi edad estaba pronunciando un discurso. Su voz era pastosa, de barítono; fraseo lento, ecuanime el temperamento, sencilla la expresión, estético el

ademán. De pronto el recuerdo vino, cuando el orador, cumplido su encargo, mostraba su rostro marchando en dirección a nosotros: era Adolfo López Mateos. Me levanté a saludar al viejo amigo de 1929, quien me había llevado al seno de su grupo, sacándome de mis soledades, en el banquete de Cholula. Terminó aquella fiesta de la cultura con el discurso del Maestro Fabela, quien afirmó que al irse del gobierno, no llevaría en sus manos una gota de sangre ni un peso mal habido en la escarcela.

Volví a la Capital y mis trabajos en los Centros Universitarios de Acción Social continuaron; lo mismo ocurrió en la Hemeroteca... hasta la caída del Rector Brito Foucher, triste ocasión para la dignidad académica, en que hube de renunciar al sueldo que él me había señalado en dicha institución. La administración universitaria del licenciado Rodolfo Brito Foucher entró en crisis debido a un movimiento de inconformidad que se inició en la escuela de Leyes, encabezado por dos muchachos mediocres y oscuros, ligados al grupo perdedor en la campaña electoral para rector, en la que había triunfado el ilustre tabasqueño, célebre desde que al frente de conglomerados juveniles había ido a Villahermosa en cruzada generosa contra los jacobinismos espasmódicos de Garrido Canabal, ocasionando su salida del gobierno y más tarde la del territorio nacional. Golpe al fantoche del cardenismo. Se dijo entonces que dos miembros del gabinete de Ávila Camacho habían organizado el aparato de rebelión universitaria, debido a que imprudentemente algunos amigos del Rector se dedicaron a pregonar que de la rectoría a la presidencia de la República no había más que un paso. La versión es plau-

sible, pues en una entrevista que tuvo el licenciado Brito con el Presidente, éste le dijo que si la violencia desatada *llegaba a extremos, vería con agrado que presentara su renuncia*, reconociendo como reconocía sus méritos, pero tratando de evitar *sacrificios* (se impone la palabra *muertos*). La mayoría de los estudiantes fueron britistas y sólo unos cuantos que no llegaban al centenar se mantuvieron o los mantuvieron en pie de lucha en la Escuela de Medicina Veterinaria. De los ciento y pico de alumnos de ese plantel, el mayor número ocupaba un hotel próximo a la Rectoría, ubicada entonces en el edificio de Justo Sierra 17. ¿Quién concibió la tragedia? Es un misterio hasta la fecha, pero uno de los estudiantes de la escuela mencionada fue muerto de un tiro, sin que se haya aclarado de qué arma procedía ni quién manejaba aquella arma. Pero aquel desventurado suceso trajo consigo la renuncia del Rector, dado lo que con espíritu generoso y sentido de *premonición*, había sugerido el Presidente Ávila Camacho, cuando aludió a los *extremos* y a los *sacrificios*.²¹

Renuncié al encargo que en la Hemeroteca me había dado el licenciado Brito y esperé la señal de la suerte. Pronto apareció. Mi vecino, el comerciante don Pepe Lastra, padre del Güero Lastra, y desgraciadamente ya desaparecido, llamó a mi puerta, cerrada a causa de que la

²¹ Dice el historiador mexicano de la Pedagogía, don Francisco Larroyo: "El Rector Brito Fouche —1942-1944—, emprende una serie de reformas para contener el desbordamiento democrático estudiantil (iniciado en 1929), para dignificar el magisterio y para elevar el nivel académico de la Institución; democracia en función de las aptitudes académicas de maestros y alumnos, creación del profesorado de carrera, fundación de una moderna escuela de bachilleres, expropiaciones de terrenos para erigir la Ciudad Universitaria, ediciones bilingües de clásicos grecolatinos."

tarde era lluviosa, para decirme que me llamaban al teléfono. Acudí luego, y al ponerme al aparato, una voz desconocida, pero amable, me dijo que tenía tres mil pesos para mí, que fuera a recogerlos. Agregó que esa cantidad me la enviaba su hermano Isidro, Gobernador del Estado de México, quien me rogaba que no fuera a verlo hasta después del cinco de septiembre —la conversación telefónica tenía lugar en finales de agosto de 1944— porque el día primero estaría ocupado escuchando el informe presidencial, y el día cinco (de septiembre) leería el suyo en Toluca.

—¿Y qué hago con el dinero?

—Diga usted que Manuel Fabela le dijo esto: ¡gástelo! Si Isidro quiere algo, que le dé más. Es todo lo que puedo decirle y quedo a sus órdenes en Monte de Piedad No. 15, Despacho 306.

Una risa bondadosa acompañó su despedida y yo quedé aturdido tratando de fijar en mi memoria el número del despacho, cosa que no logré del todo, como me acaba de pasar al escribir 306, por escribir algo. Sin embargo, pude llegar a recoger el dinero, y no hace falta decir de lo oportuna que fue su llegada y la fiel ejecución del *gasto* aconsejado por don Manuel —así le dije después, durante breve tiempo, pues desgraciadamente murió—. Se explica todo lo anterior, porque después de nuestro contacto en Amecameca, y nuestra visita al Gobernador Fabela, en Atlacomulco, seguimos viéndolo en Toluca, sobre todo cuando se celebró un congreso estudiantil. Allí estuvimos el licenciado Alfonso Pedrero y yo, y por cierto que tuve oportunidad de pronunciar algunas palabras que fueron entonces muy gra-

tas y que ahora, ante el presupuesto que tiene el Gobierno del Estado de México (1974), pueden sonar a ridículo. Dije, y el dato se lo debía al licenciado José Castro Estrada, que había que aplaudir en Fabela al hombre que en unos cuantos meses había logrado que el presupuesto ascendiera de tres a ocho millones de pesos (al finalizar el gobierno la cifra era de once millones), por haber implantado una política de honradez, manifiesta en casos tan significativos, como rescatar los impuestos enajenados por concesiones a particulares. (Así se encontraba, recuerdo, el correspondiente a alcoholes: el particular aportaba una cantidad anual y tenía derecho a manejar el impuesto sobre la dicha industria. Una iguala). Y por cierto que en otros estados también se hacían operaciones como ésa. En Michoacán, hubo un gachupín que ejerciendo sus derechos de concesionario, extorsionaba, con violencias extremas —en el sentido que al término dio el Presidente Ávila Camacho en el caso de Brito Foucher—, a los productores de alcohol, ya fueran en grande o en pequeño. Tenía su policía propia y seguía el ejemplo que, según el licenciado Julio Guerrero, dio don Manuel Doblado convirtiendo al bandido en gendarme.

Cuando acaeció la renuncia del licenciado Brito, el ex-Oficial Mayor, Alfonso Pedrero, tuvo ocasión de platicar con el licenciado Fabela, y al mencionármeme, le encargó que me avisara que estuviera tranquilo, porque “no tendría problema”. Pedrero me dio el recado, pero hasta después de mi plática telefónica, y entrevista personal después, con don Manuelito Fabela.

Pasado el cinco de septiembre, como se me había indica-

do, entrevisté al Gobernador del Estado de México. Me ofreció su secretaría particular —en su condición de escritor— y yo se lo agradecí sintiéndome muy honrado con aquella confianza que se produjo en hechos, pues me entregó los originales de su libro *Belice* para que me entendiera con su impresión que se haría en la Editorial Stylo, de don Antonio Caso Jr.

—Vea, usted —me decía el maestro mientras paseábamos por los viales del jardín de su residencia—, este libro tiene su historia y quiero que la conozca. Don Lázaro Cárdenas hacía un recorrido por las riberas del Suchiate, y tuvo noticia de la reclamación que sobre la posesión de Belice —el llamado Territorio de Belice— había formulado Guatemala. Inmediatamente hizo declaraciones favoreciendo los puntos de vista del gobierno reclamante. Al enterarme yo, me permití escribirle una carta sobre el particular, lamentando que, seguramente por la distancia respecto a la capital mexicana, la Secretaría de Relaciones no hubiera aportado información sobre la necesidad de una reserva de derechos, en el caso especial de la reclamación guatemalteca, por parte de México, pues con motivo de permisos para la explotación del palo de tinte, los ingleses se fueron introduciendo en el territorio en litigio, y como ello fue en los tiempos en que si no todas, algunas de esas tierras pertenecieron a la Capitanía General de Yucatán, durante la época colonial, eso podría significar base para probables reivindicaciones por parte de la República Mexicana.

Don Lázaro muy amablemente me contestó la carta que con las observaciones dichas le había yo dirigido, y me

encargó hacer un estudio completo sobre ese problema. Me puse a trabajar y el resultado es el libro que le entrego...

Me encargué de lo necesario, para satisfacer los deseos del licenciado Fabela, pero le solicité tiempo para decidir sobre constituirme en secretario particular del escritor. Accedió, y como desde mi afortunada intervención en Amealco, don Antonio Caso, por el que sentí desde que lo conocí, una idolátrica admiración, me había acogido con una cordialidad que me costó muchas *vergüenzas* por las manifestaciones inmerecidas que de ella me dio, había propiciado mi acercamiento, decidí consultarle el problema.

Se opuso.

—Quiero que usted siga estudiando Filosofía. Con Isidro no podrá hacerlo, porque trabaja a todas horas: se le presentará con encargos a mañana, tarde y noche. No, no acepte y dígame que obra por consejo mío.

Así lo hice y el maestro, al escucharme, produjo un agresivo discurso contra el filósofo, acusándolo de su afición a las divagaciones de la Filosofía que le estorbaban lograr como escritor un estilo humanizado, pues los enfadosos párrafos de sus artículos en *El Universal* nadie los leía, etc. Claro que todo era una cólera simulada, con gestos muy propios en él, y con los que trataba de ocultar, humorísticamente, su gran capacidad afectiva. Concluyendo, me dijo:

—Bueno, le voy a dar mi periódico. Se llama *El democrata*. Lo compré a Sandalio López. Actualmente lo maneja el Diputado Suárez Ocaña con el auxilio de José Ángel Aguilar y de Clemente Díaz de la Vega; es la redacción. ¿Acepta ahora?

—Sí, señor, y espero que me diga de qué libertad puedo disponer.

—De toda. Escriba el periódico como si fuera suyo, con exclusión de los temas referentes a política electoral; en cuanto a ello, nada se dirá que yo no autorice.

Tal fue el pacto con el licenciado Fabela. Al empezar a trabajar en el periódico, se usó al aludirlo el título de MAESTRO que luego se generalizó, cuando en su discurso expresó que era la advocación que más le satisfacía.

Es importante destacar que durante el tiempo que el bisemanario estuvo en nuestras manos: las de Ernesto Ordóñez Colón y Rodolfo García, pues la labor de José Ángel, por cierto oriundo de Zacapu y luego triunfador reportero de *La Prensa*, con el pseudónimo de *Víctor Ceja Reyes* —que ya desde las fechas a que aludo lo usaba—, lo mismo que retirado buscando nuevos campos de labor, fue respetada y hasta elogiada por nuestra auténtica libertad de expresión.

—Va a desempeñar el trabajo de José Ángel Aguilar, en el periódico, un muchacho que se llama Ernesto Ordóñez Colón —me dijo el Maestro—. Y así fue, aunque lo de muchacho me pareció un ligero error de perspectiva del gran diplomático (o un giro de su capacidad diplomática, mejor). El nuevo jefe de redacción era madurito, culto, con cierto gesto de indolencia. Hacía versos y admiraba a Sor Juana Inés de la Cruz. En la Universidad, por aquello de la madurez, le decían los chicos *El Niño Neto*. En sus tareas conmigo, fue eficaz, y muy leal, pero sobre todo aportó un colaborador con el que hasta la fecha conservo relaciones de afecto casi familiar: Rodolfo García, poeta y narrador de cualidades excepcionales. Hombre indepen-

diente como el que más, así tenga que enfrentarse a los problemas propios de un ser tremendamente humano en cuanto a la defensa de su autonomía como persona. Un poco más tarde, cuando se retiró Clemente —ahora publica la revista *Agro*— Rodolfo acarreó a nuestra redacción al incomparable Alejandro Fajardo, Fajardo y Fajardo. Por ese fajardismo le impusimos lo de Fajardo Large o bien el señor Fajardo, Fajardo, Archifajardo y más Fajardo. Inteligente, brillante, capaz de trabajar, pero de escasa decisión para ello. Manirroto, generoso, enamorada de todos los caminos su alma trashumante —¿no hubiera estado bueno para trovador o para asaltante en los tiempos románticos de las diligencias?— era incapaz de residir un mes en un solo lugar. En nuestro grupo permaneció casi un año —con leves intervalos de ausencia—. Ordóñez dejó su puesto a Rodolfo, cuando, viendo por su profesión se fue a Ixtlahuaca, como Agente del Ministerio Público.

El Demócrata fue muy popular, gracias a la libertad absoluta —excluyendo los problemas de política electoral, como queda dicho— que nos dio el Maestro.

Cuando llegó la hora de la sucesión, pues los comicios favorecieron a Don Alfredo del Mazo, en un breve silencio de las orquestas que llenaban de melodías el Palacio, al celebrarse la sacramental recepción ocasionada por la toma de posesión, me apresuré a decirle que me despedía, porque quería dejarlo en libertad para buscar director al periódico del gobierno.

—No quisiera tratar esto ahora —me dijo—, pero ya que se empeñó usted, le diré que mi tío (el Maestro Fabela) y yo deseamos que permanezca al frente de ese ór-

gano de publicidad. De modo que no aceptaré renuncia alguna.

Y sonreía, con una expresión de cordialidad.

—Bueno —le respondí—, pero ¿conoce usted las condiciones en que trabajamos con el Maestro Fabela? Teníamos libertad absoluta, exceptuando los casos de política electoral.

—Así, así, exactamente, seguirán las cosas. Y perdóneme, porque tengo que recorrer los salones para agradecer su presencia a todos los amigos...

Varios meses siguió *El Demócrata* en nuestras manos: los miembros colaboradores ya mencionados. Pero Del Mazo, con ser estimable, no era don Isidro. La vida le había dado al autor de *La Tristeza del Amo*, un patrimonio donde cultivó el señorío. La cultura lo adornó con el desarrollo de sus dotes de gentilhomía, de patriota, de poeta, de pensador que devino en jurista de la fama universalista del derecho internacional. Creó historia como correligionario y diputado maderista, como Encargado del Despacho en la Secretaría de Relaciones Exteriores de don Venustiano Carranza, como Representante de México ante la Sociedad de las Naciones, como Juez de la Corte Internacional de Justicia, como Gobernador del Estado de México.

Cuando algún intrigante o alguna dama cursi se quejaban de nosotros, como periodistas, solía llamarnos con dulces amagos coléricos de abuelo incomparable, y bastaba que le enfrentáramos los hechos con los textos de sus libros doctrinarios, para que depusiera el ceño y nos mandara retirarnos, "porque no quería encontrar la manera de darnos excusas.". Popular fue *El Demócrata*, porque fue la voz

del *demos*, libre, irrestricta, y a la sanción de sus juicios no escapó nadie, fuera quien fuera, porque PARA ESO EL ESTADO DE MÉXICO TENÍA UN GRAN GOBERNADOR.

No terminaba aún el primer año del régimen del señor Del Mazo, cuando vino el problema. Rodolfo García, con su habilidad de narrador, lo ha dado a conocer. El periódico apoyó al Jefe de los Servicios Coordinados, Dr. Eduardo Lliteras Cárdenas (amistosamente le habíamos dado un mote fincado en el color del vehículo que usaba: *La Prieta*). La coordinación quería decir que el presupuesto para las labores sanitarias debería formarse con aportación federal y del Gobierno del Estado. Y sucedió, entre otras cosas, que las cantidades recibidas por Lliteras, de la Tesorería del Gobierno, se contabilizaban en documentos y no en efectivo. Y ello era, según el facultativo, porque se le entregaba jabón fresco, más pesado y menos rendidor, comprado a la fábrica del señor Salgado, amigo de don Alfredo; porque se ordenaba acondicionar locales para los desayunos escolares, pagando precios de mano de obra que eran altos en relación con los que se podrían haber conseguido, manejando los contratos por conocimiento del problema y con el interés de hacer rendir la inversión. Rodolfo recuerda lo acontecido en el Hospital General con el Dr. Guadarrama: los festivales con ornato de gasa "con flores o manchas de mercurio cromo".

Nunca se nos llamó la atención, sólo rumores de amenaza, que desde luego no hay por qué atribuirlos exclusivamente al señor Del Mazo, aunque en alguna forma los haya originado, nos llegaban por aquella actitud fabeliana. Finalmente, se presentó a la Redacción, en nuestro edi-

ficio de Libertad y Ocampo, en el costado oriente de la Alameda, el *Viejo* don Alberto Vélez, Tesorero General del Estado. Nos saludó un poco apenado. Le facilitamos la tarea:

—¿Viene usted a hacerse cargo del periódico? Ya lo esperábamos. Lo sabíamos desde que el Gobernador gestionó el cambio del Dr. Lliteras.

Llamé a nuestras colaboradoras en administración, para que pusieran a disposición de don Alberto cuanto documento necesario teníamos a la mano, desde inventario y libros de contabilidad.

—La contabilidad —dijo don Alberto—, la verá el señor Montiel (don Mario) y lo mismo los inventarios. Yo solamente vine, y con pena, a darles a conocer los deseos del señor Gobernador de que acepten otro empleo.

—De ninguna manera aceptamos —respondimos a la vez Rodolfo, Fajardo y yo—. Hemos cumplido con nuestro deber según los lineamientos de un hombre de genio, y estamos satisfechos, porque el servicio al pueblo se ha logrado. No nos mueve la soberbia para no aceptar otra cosa, sino la dignidad. No quedamos satisfechos al irnos, no porque se nos despida, sino porque no se nos demuestra un error, y para caprichos no estamos nosotros.

—Lo siento —dijo finalmente don Alberto— los hombres tienen pasiones.

—Tenemos, debemos tener dignidad, repetimos nosotros. Y así salimos de *El Demócrata*, según lo habíamos acordado la noche anterior, cuando hicimos reunión de consulta y en ella constatamos, a la vez, que amaneceríamos sin un solo centavo en nuestros bolsillos.

He mencionado al señor Montiel, y este buen amigo y empleado de la Tesorería General, se encontraba allí, desde que nos negamos a cobrar a los señores licenciados Adolfo López Mateos y Gabriel Ramos Millán, la propaganda que les era debida como candidatos a senadores. Debida, según la realidad mexicana. La orden de cobro se nos dio, porque la senaduría que el licenciado don Miguel Alemán, Presidente de la República le ofreció al Maestro Fabela, éste la cedió a López Mateos. Con ello vino la inconformidad atacomulquense. Pero esa senaduría la había ganado la visión política del Maestro, pues estuvo con el licenciado Alemán a la hora debida, y tanto la Cámara de Diputados, como las organizaciones de trabajadores, hicieron pública su adhesión a la candidatura del veracruzano con muchas vísperas, mereciendo por ello que fuera Toluca, la primera ciudad visitada en la jira.

Un año justísimo duramos con mis dos grandes amigos luchando por el pan cotidiano. Vélez, sobrino del Tesorero y primo del Gobernador hacía causa común, por puro deporte y simpatía. Fajardo desdeñaba amablemente las insinuaciones de su tío *Malaco*; Rodolfo, con un estoicismo propio del genio y del poeta, del enamorado de las ideas puras, era el más hosco y el más altivo en la contienda cuya parte pasiva nos tocaba representar, aunque no tan pasiva, pues el pueblo nos invitaba a todas partes: bautizos, bodas, onomásticos, inauguraciones, etc. Las mesas de gran número de tolucenses y aun de inolvidables rancheros, estuvieron a nuestra disposición. La sombra de Fabela nos protegió siempre del atropello de los segundones barberos, de los que buscan hacer méritos a costa de convertirse en sicarios.

II. El “Diario de Toluca”

Un rumor, suavecito, como un céfiro, empezó a soplar del lado de México. Se empezó a decir que García Valseca fundaría un periódico en Toluca. Entre tanto, nosotros salíamos a buscar públicos para dar conferencias, a visitar amigos, y es de gritarse, por lo que a mí toca, que las rentas de mi vivienda las pagaba Adolfo López Mateos, "so pena de que se acabara nuestra amistad" —que databa desde los concursos de oratoria de 1929—. Y los rumores se hacían más sonoros. Ya se concretaba que había en la ciudad personas encargadas de hacer estudios al respecto y que pronto llegarían elementos para buscar edificio, contratar personal, instalar maquinaria, y en general, proceder a los arreglos necesarios para la nueva empresa.

Rodolfo García, Fajardo y yo, con el aditamento de Javier Vélez que resistió cuanta presión se le hizo para que nos dejara, continuábamos nuestra vida bohemia. A México yo no podía regresar, porque la guerra había encarecido la vivienda, y aunque generosamente mi compadre don Rodolfo Brito Foucher me ofrecía solventar, como en Toluca lo estaba haciendo López Mateos, mis gastos de vivienda, decidí que no era viable el traslado, porque no tenía des-

tino como trabajador, y el plazo para renunciar a los auxilios del maestro y amigo Brito tendrían que ser indefinidos. El mismo Adolfo me tenía inquieto, por el tiempo que había soportado el peso de subvencionarme. Le llegué a proponer que buscaría yo negocios y él apoyaría las tramitaciones —asuntos administrativos—, pero se negó con su acostumbrada dulzura y me dijo que mientras tuviera representación popular —era senador— no haría uso de sus derechos a litigar, de acuerdo con su profesión. Me reiteró su amenaza si renunciaba a su ayuda económica, y en la tarde del día en que tratamos esto mientras despedía cariñoso a Avecita, que estaba vestida para su clase de ballet, me palmeó la espalda al retirarme de su casita, la 1108 de la avenida Coyoacán, que soportaba ya dos hipotecas, y me regaló dos libros (*Un Siglo de Poesía Belga* y *El Lobo Estepario*), con estas palabras: “Ánimo, mi hermano y lee a Hesse, porque tú eres un lobo estepario.” No hay personas más susceptibles que las que están en la inopia. Así que me marche triste y con la sensación de que algo *no bueno* me había querido decir Adolfo con lo de lobo estepario, y al llegar a Toluca regalé el libro. Más tarde, la escritora Laura Madrigal me obsequió otro ejemplar de esa obra, y al leerla, comprendí que López Mateos no era hombre de sutilezas venenosas.

Mis amigos y yo no perdíamos la fe y *soñábamos* con que se nos diera oportunidad en el *Diario* que se anunciaba ya *como cosa hecha*. Varias veces visité la Logia Masónica de Toluca y allí encontré inesperadas simpatías de parte de personas cuyas relaciones apenas se iniciaban en aquellos recintos. Un día me habló el gentilísimo amigo Roberto

García Moreno —¡ay, desgraciadamente muerto!—, y me dijo que todos los rumores relativos al nuevo periódico eran ciertos en su contenido, y —¡oh, satisfacción y alegría!— agregó que se pensaba en nosotros. Me pintó un panorama hermoso y próximo, asegurándome que ya había sido propuesto por varios amigos a la empresa periodística; que pronto llegaría, si no es que ya estaba en Toluca, el encargado de echar a andar aquel negocio; que Muciño, el gran Muciño, tenía a su cargo estar en contacto conmigo, y finalmente que él —García Moreno— quería que lo autorizara a dar mi anuencia para trabajar dirigiendo el nuevo órgano publicitario, u ocupando algún puesto de interés. Naturalmente que mi respuesta fue agradecida y afirmativa, permitiéndome a la vez darla en nombre de mis amigos. Efectivamente, no tardó mucho en citarme Muciño, quien me presentó con Carlos Garduño, que representaba a la Editorial García Valseca. Tomamos café y nos demostramos, por mi parte auténticas, grandes simpatías. Inmediatamente se iniciaron las tareas (de Garduño) para buscar casa que al fin se encontró en la esquina de *Hidalgo* y *Pino Suárez*, bella casa en que había estado un Banco. Ya tuvimos en qué divertirnos, pues se empezó a cavar el piso para instalar las prensas, a preparar los salones para redacción y oficinas, a recibir implementos. Mis amigos, ya presentados a don Carlos —así, don, aunque era de unos 32 años—, compartían conmigo la nerviosidad por el inicio de labores, y como el nuevo amigo era simpático y bueno en el fondo(lo que ocurrió después no fue más que una caída de agentes provocadores muy hábiles), dimos en andar casi siempre juntos, pues nos había ratificado su autoriza-

ción para contratarnos, y hasta habíamos convenido en las asignaciones económicas y tareas respectivas: él sería gerente; yo, sub-director, con el compromiso —tan grato— de hacer editoriales y una columna que se llamaría *Vida de Cuadros*, firmada con el pseudónimo de *Juan Colorado*; Rodolfo sería jefe de redacción y haría una columna, como la mía, para primera plana, llamada *Colorines*; Fajardo —por su inestabilidad— fue nombrado redactor, ya que temíamos alguna de sus ausencias al estilo del viento de San Juan “que nadie sabe de dónde viene ni a dónde va”. De las percepciones económicas, ni hablar, eran bajísimas, pero nosotros estábamos felices no sólo por tener qué hacer, sino porque íbamos a tener una espada en la mano, mano ansiosa de entrar en combate. ¿No éramos los proscritos por el gobierno del Estado? Pues ahora veríamos.

Para no hacer más larga esta crónica que es un capítulo resumido que se denomina *Mi paso por el Estado de México*, diré que entre quienes se preocuparon por ayudarnos estuvo antes que nadie Roberto García Moreno y también el inolvidable Muciño. Garduño se manifestó un joven de extraordinarias virtudes humanas y lo mismo el amigo Gámez, que posteriormente llegó a reforzarnos. Trabajaron en las tareas de taller, Pepe Alonso, esposo de doña Linda Curi; el *Jarrito* Montes de Oca, Benjamín, Marianito, y... toda enumeración es incompleta... el personal de dos turnos. El primer día salimos retrasados, pero a poco nos regularizamos, saboreando cada día los halagos del éxito.

Y no era nuestra condición de grandes escritores, pero sí de una lealtad al servicio público con el que identificábamos el periodismo. Seguimos, como en *El Demócrata*, con

plena libertad y el gobierno del Estado, en sus errores, fue fustigado sin piedad. Ello nos dio condiciones auténticas de Cuarto Poder, y hubo día en que vendimos cinco mil ejemplares, y otros en que tuvimos que duplicar el *tiro* correspondiente, al haberse agotado el ordinario. Fuimos felices durante nueve meses en el *Diario de Toluca*, como se llamó nuestro órgano, desde el día de su inauguración, a la que asistieron toda clase de elementos sociales y políticos, hasta una fecha que desconozco por haberme retirado del amado periódico, debido a circunstancias lamentables, pero no raras en el oficio.¹

Tuvimos batalla fragorosa contra el gobierno que disponía de *El Demócrata* en manos de José Ángel Aguilar, primero, y del profesor Lorenzo Camacho Escamilla, después. A todo el que no se portaba bien, el pueblo lo amenazaba con “ir al Diario” a presentar queja. Y esto, que nos daba el mercado, nos quitaba la posibilidad de entendernos —ni lo deseábamos—, con el gobierno del señor Del Mazo. Y es muy natural que soñara y procurara realizar sus sueños, de quitarnos de en medio, si fuera posible, con todo y periódico. Con algunos destacados hombres de empresa, entraron en conflicto Garduño y Fajardo —caso del señor Zubiría, “el que se comía crudos a los niños”—; el cuerpo médico echó la culpa a Rodolfo de algo que yo había dicho —y que sostuvimos— en *Vida de Cuadros*, y... no hubo ningún desafío, como se había anunciado con el nombre de “fiebre carbonosa” para el personal del Diario.

Ante el gobierno, tendría seguramente mucho mérito,

¹ En 1950 el *Diario de Toluca* cambió su nombre por el de *Sol de Toluca*, que conserva hasta la fecha.

quien nos domesticara o bien nos tendiera el *cuatro* para eliminarnos. Y se emprendió la tarea. Las molestias que dábamos, en verdad justificaban el esfuerzo. He aquí algunos recuerdos específicos de la maniobra: Un día, más bien, una noche, desde su vehículo estacionado en la calle de Hidalgo, me llamó el Maestro Fabela, ex-gobernador que vivía en su finca de Plaza de San Jacinto No. 15, en Villa Obregón. Acudí y me dijo:

—¿Se acuerda, Manuel, de que asistió usted conmigo, durante mi gobierno, a San Martín de las Pirámides, para la inauguración de la nueva Escuela?

—Sí, Maestro.

—Pues Alfredo (Del Mazo, el Gobernador que él dejó en el poder) tuvo la desventurada idea de invitarme a la inauguración... de esa misma escuela; ante mí se sustituyó la placa que yo había puesto y en la que figuraban mi nombre y el del señor Presidente Ávila Camacho. Quiero que haga un artículo enérgico con ese asunto, porque es de justicia; el actual gobierno sólo hizo un trozo de barda, y unos sanitarios.

—Desde luego, Maestro. Las cosas quedarán claras.

Nos despedimos, y el editorial en prensa fue sustituido por el artículo que deseaba el Maestro Fabela. Enseguida tuve que esconderme; porque yo sabía que no tardaría en arrepentirse y volver a solicitar que se retirara el agrio comentario. Así fue, pero nadie estaba autorizado para meter la mano en estos casos, sin mi autorización. Garduño, lo repetiré siempre, se comportó con lealtad y honradez hasta que... pero no adelantemos nada.

Algo muy importante fue la celebración de uno de los

aniversarios de la fundación del ICLA. López Mateos, que ya había dejado en su lugar, como Director del Instituto a Félix Azuela Padilla —el inolvidable Félix Azuela, hombre en el más pleno sentido de la palabra, de inmensa cultura e igual sencillez—, reunió a sus catedráticos, amigos todos, y con ellos invitó al Gobernador Del Mazo para que los acompañara a entrevistar al Señor Presidente don Miguel Alemán, a las celebraciones del citado aniversario. Ya en presencia de don Miguel, se le formuló la invitación que aceptó gustosamente, pues aparte de ser muy armónica su personalidad, tenía, como ya dijimos, especial debilidad por un Estado que fue, bajo Isidro Fabela, decidido partidario, en los días en que se gestaba su llegada al poder. Pero al dar por terminada la entrevista, el Gobernador se devolvió de la puerta de salida y le dijo al Presidente que a él —al Gobernador— lo que le interesaba era que viera —el Presidente —su obra en escuelas y carreteras.

—Señor Gobernador —dicen que dijo don Miguel—, usted invita y yo solamente acepto.

—Y fue así —nos explicaba el arquitecto Villegas— como asistió en lugar del Presidente a los actos del aniversario, don Agustín García López y acompañó al Gobernador a visitar las obras ya aludidas, el señor Presidente Alemán. Comentamos esto en un editorial, y entonces al saberlo (y ¿cómo?) López Mateos fue a buscarme vibrante de cólera, acompañado por Víctor Manuel Villegas, para que no se imprimiera el artículo.

Me negué a retirarlo de prensas.

—Es que le estás echando enemigos al Instituto del que

has sido catedrático —me decía Adolfo—, y ya en ese plano, estaré contra ti defendiendo al Plantel.

—Los enemigos que tiene el Instituto, son anteriores al artículo que sólo los denuncia —le respondía yo—, y en cuanto a tu amenaza, por deberte lo que te debo, te ofrezco mi renuncia al puesto que ocupó, pero el artículo no se retira.

Lo dejé unos minutos —suprimo la farragosa polémica sostenida— y volví con el pliego de mi renuncia; la tomó, la leyó, y se fue a su automóvil. Al poco tiempo entraba Villegas y me lo devolvía, diciéndome que Adolfo me mandaba decir que no aceptaba mi sacrificio.

Con estos antecedentes, ocurrió lo que tenía que ocurrir. Se “convenció” a Garduño de que me cesara. El Gobierno pagaría la indemnización. Así se hizo previa presencia en las oficinas del *Diario* de una fuerte guardia policiaca. Mis amigos corrieron la suerte de la incomprensión y sufrieron los efectos de la prepotencia de antiguos amigos: Villegas acercó a los suyos, literatos, para resolver el problema de personal. Se habló de subvenciones, pero lo que sí se puede asegurar es que el importe de mi indemnización lo vi salir de la Tesorería General del Estado.¹

Así lograron dispersar al trío que protagoniza esta etapa periodística del Estado de México. Pero no se podrán romper las colecciones de periódicos existentes, y menos aún la amistad mosqueteril que nos une.

Y no se diga que no hicimos labor importante, si se considerara frívola condenar los errores de un gobierno:

¹ Rodolfo renunció pocos días después. Se le ofreció una ridícula indemnización que, desde luego, rechazó.

Ricardo González podría haber atestiguado la campaña contra las barracas del mercado, barracas que fueron barridas. La campaña contra la política del rifle sanitario, cuando la fiebre aftosa, nos dio la amistad de muchos campesinos y ganaderos en pequeño. En fin, nuestra labor, está escrita. Y lo que está escrito... escrito está.

28. Florecitas de mi valle / *Guadalupe López de Carrillo.*
29. Lorenzo de Zavala, desertor de México. Tomo II / *Gustavo G. Velázquez.*
30. Centro de Capacitación Técnico Industrial Agropecuario Regional de Atlacomulco / Dirección de *Alfonso Javier Rojas.*
31. Discursos políticos / *Carlos Hank González.*
32. Cuatro ensayos / *F. Javier Gaxiola.*
33. Miguel El cueta / *Alfonso Javier Rojas W.*
34. Parque Nacional Nevado de Toluca / *Humberto Ortega Cid del Prado.*
35. El Collar / *Francisco Paniagua.*
36. Miguel de Cervantes Saavedra / *María Dolores García Cisneros.*
37. Toluca anecdótico / *Ramón Pérez.*
38. Permanencia voluntaria / 24 autores jóvenes.
39. Campañas del General don Félix María Calleja / *Carlos Ma. de Bustamante.*
40. Poemario / *Francisco Lechuga Gutiérrez.*
41. Poesía y prosa / *Ma. Esther de la Mora Vda. de Insunza.*
42. Un hombre embarazado y otros relatos / *Moisés Ocádiz L.*
43. Poesía / *Luis García Villegas.*
44. Lectura de la luz / *Raúl Cáceres Carenzo.*
45. La revolución armada en el Estado de México / *Alfonso Sánchez García.*
46. Del desarrollo económico / *Jorge Laris Casillas.*
47. Cantar del pantagruelista / *Orlando Guillén.*
48. Vocación al servicio del pueblo / *Mario Colín.**
49. 11 semblanzas de personajes del Estado de México / *Mario Colín.*
50. Notas editoriales / *Mario Colín.*
51. Impacto del sistema político del Lic. Benito Juárez en la tradición jurídica del Estado de México / *Enrique González Vargas.*
52. Ensayos sobre teoría política / *Jorge Laris Casillas.*
53. Hojarasca / *Francisco Monroy Anzaldo.*
54. Epifanía de don Quijote / *Manuel López Pérez*
55. Comentarios de Política Mexicana / *Mario Colín*
56. Mi paso por el Estado de México / *Manuel López Pérez*



Manuel López Pérez nació en Santa Fe del Río, municipio de Penjamillo, Mich., el 29 de octubre de 1910. Estudió en el Seminario de Morelia y, posteriormente, en la Escuela Normal para Maestros, dependiente de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Ha ocupado importantes puestos públicos y docentes en su estado natal; entre ellos, Secretario General del Comité Directivo Estatal del PRI, y Jefe del Departamento de Coordinación General de Actividades Educativas y Culturales. En Guanajuato, durante las administraciones de Melchor Ortega y Manuel M. Moreno, ha sido Jefe del Departamento de Acción Cívica y Orientación Socialista, y Secretario de Educación, respectivamente.

Fue maestro, durante ocho años, en la Universidad Nacional Autónoma, y sirvió cátedras de Introducción a la Filosofía e Historia General de la Pedagogía en el Instituto Científico y Literario del Estado de México, cuando dirigió la Institución el Lic. Adolfo López Mateos, quien al asumir el cargo de Primer Magistrado de la Nación, lo nombró asesor de la Presidencia de la República.

En el Estado de México, durante la administración del Lic. Isidro Fabela, dirigió en Toluca el periódico *El Demócrata*. Más tarde fue director de *El Diario de Toluca*, hoy *Sol de Toluca*.

Entre otras, ha publicado las siguientes obras: *La mujer en el drama del mundo*, *Homenajes*, *Instantáneas*, *La banca roja* y *El viejo Morales*.

Nombre de archivo: MI PASO POR EL ESTADO DE MEXICO
Directorio: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Mis documentos\VARIOS YA CONVERTIDOSPDF\LIBROS DE MANUEL LOPEZ PEREZ
Plantilla: C:\Documents and Settings\JOSEFINA\Datos de programa\Microsoft\Plantillas\Normal.dot
Título:
Asunto:
Autor: El Retiro
Palabras clave:
Comentarios:
Fecha de creación: 28/02/2011 14:46:00
Cambio número: 17
Guardado el: 31/10/2011 15:49:00
Guardado por: El Retiro
Tiempo de edición: 131 minutos
Impreso el: 31/10/2011 15:50:00
Última impresión completa
Número de páginas: 40
Número de palabras: 7 (aprox.)
Número de caracteres: 41 (aprox.)